

El Apostolado del Ejemplo

Es un hecho evidente la paganización dominante en este nuestro tiempo de relaciones sociales, políticas, laborativas, deportivas... No son muchos los católicos que den testimonio de su fe cristiana en los ambientes donde desenvuelven la propia vida. El apostolado es un deber sagrado: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio” (Mc 16,15), sigue diciendo Cristo. Y es urgente que todos “le permitamos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero” (*Evangelii gaudium*, n. 8).

Hoy, quizás como nunca, es necesario el apostolado del buen ejemplo, del testimonio cristiano. Ciertamente, el alma de todo apostolado es la oración, pero tenemos el deber de ser “pescadores de hombres” (Mc 1,17) con todos los medios posibles. Y un medio posible para todos, absolutamente para todos –apremiante por deber de coherencia–, es precisamente el apostolado del ejemplo.

El testimonio de la Biblia

Los grandes personajes de la historia siempre apreciaron el valor del testimonio y del buen ejemplo en las relaciones humanas. Ya Pitágoras decía: “Da vida a los buenos ejemplos, y no te hará falta escribir buenas reglas”.

Pero es sobre todo en la Biblia donde se encuentran tantas figuras acerca del valor del testimonio y del buen ejemplo en la vida de los creyentes. Recordemos, como botón de muestra, el relato del anciano Eleazar, en el segundo libro de los Macabeos (cap. 6), que, además de presentarse como el modelo emblemático y universal de cuanto implica la fidelidad a la fe, enseña al mismo tiempo la responsabilidad con la que quien tiene cierta autoridad debe actuar ante los demás.

Eleazar, “uno de los principales maestros de la Ley, hombre de edad avanzada y semblante muy digno”, se veía constreñido a trasgredir la Ley, o a fingir guardarla para librarse de la muerte; pero él, “prefiriendo una muerte honrosa a una vida de infamia”, rehusó ceder a la propuesta: porque –dijo– “no es digno de mi edad ese engaño. Van a creer los jóvenes que Eleazar a los noventa años ha apostatado, y si miento por un poco de vida que me queda se van a extraviar con mi mal ejemplo... Por eso, si muero ahora como un valiente, me mostraré digno de mis años, y legaré a los jóvenes un noble ejemplo para que aprendan a arrostrar voluntariamente una muerte noble, por amor a nuestra santa y venerable Ley” (cfr. 2Mc 6,18-31).

En el Nuevo Testamento aparece con claridad que el ejemplo debe ser la expresión de una vida cristiana auténticamente vivida, es decir digna de la condición de hijos de Dios recibida en el bautismo por gracia del Espíritu Santo. Toda la vida de Cristo, sus palabras y sus obras, es una revelación del Padre, hasta poder afirmar: “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,9).

En el Evangelio de Juan leemos que, al comienzo de la misión de Jesús, después del testimonio del Bautista, le seguían dos discípulos. A la pregunta “Rabí, ¿dónde vives?”, es decir, ¿cómo vives, cuál es tu estilo de vida?, Jesús responde: “Venid y veréis”. Entonces fueron, “vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día” (cfr. Jn 1,35-40). Poco después, cuando Natanael duda que de Nazaret pueda salir algo bueno, Felipe le responde: “Ven y verás” (cfr. Jn 1,43-51).

Hallándose Juan Bautista encarcelado, mandó mensajeros a preguntar a Jesús si era él el Mesías o debían esperar a otro. La respuesta fue: “Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo” (cfr. Mt 11,2-4).

Jesucristo mismo en el momento culminante de su enseñanza se refirió a la fuerza del ejemplo: “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (Jn 13,15). Él es el gran modelo que el Padre nos ha dado y quiere que todos los discípulos se conformen a este divino modelo (cfr. Rom 8,29). Así pues, todo apóstol debe imitar a Jesucristo que “pasó haciendo el bien a todos los oprimidos” (He 10,38).

Si primeramente eran las obras realizadas por Jesús las que daban testimonio de él, luego él mismo anuncia que después de su Ascensión será el Espíritu Santo quien dará testimonio al Padre y al Hijo, y que también los discípulos le darán testimonio: “Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio” (Jn 15,26-27).

Por su parte, san Pablo advierte: “Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, así seréis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo” (Flp 2,14-15). Y a sus discípulos Timoteo e Tito les recomienda: “Sé un modelo para los fieles en la palabra, la conducta, el amor, la fe, la pureza” (1Tim 4,12; cfr. Tit 2,7). Y propio san Pablo propone a los fieles: “Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponédlo por obra” (Flp 4,9); “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1Cor 11,1).

Y san Pedro advierte: “Vuestra conducta entre los gentiles sea buena, para que, cuando os calumnien como si fuerais malhechores, fijándose en vuestras buenas obras, den gloria a Dios el día de su venida” (1Pe 2,11-12).

Testimonio y buen ejemplo en la vida de la Iglesia

Todos los Padres y los grandes santos de la Iglesia fueron testigos y promotores del apostolado del ejemplo. “Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras” –decía san Atanasio–. Y san Agustín afirmaba: “Las palabras enseñan, los ejemplos arrastran. Sólo las obras dan credibilidad a las palabras”. San Ignacio de Antioquía, por su parte decía: “Mucho se educa con lo que se dice, más aún con lo que se hace, pero mucho más con lo que uno es”. Y san Gregorio Magno: “Se enseña con autoridad cuando se predica con el ejemplo, pues no se tiene confianza en quienes con sus acciones contradicen sus palabras. La vida de los piadosos debe ser útil no sólo a sí mismos sino también a los demás, de manera que cuanto no se obtiene con las palabras se logra con los ejemplos”.

San Juan Crisóstomo exhorta a los cristianos a iluminar y brillar como astros en la noche del mundo: “Debemos llevar una vida irreprochable, para que los hombres que nos observan descubran en nosotros un espejo de santidad. No habría necesidad de palabras, si la santidad brillara en nuestra vida”.

“Las conversaciones y la vida del cristiano –dice también san Jerónimo– deberían ser tales que logaran con cada movimiento, con cada paso y con todo el comportamiento no inspirar más que gracia del cielo”. Y san Ambrosio escribe que san Pablo advierte a los cristianos y les manda recordarse de su profesión y corresponder siempre a ella, para que en medio de los incrédulos sean modelos con la propia vida, con su lenguaje, sus costumbres, resplandeciendo como el sol y la luna entre las estrellas.

El testimonio de alegría de san Francisco de Asís convirtió muchos pecadores y despertó muchas vocaciones. Cuenta la historia franciscana que un día san Francisco dijo a uno de sus frailes:

“Vamos a predicar”. Recorrieron las calles, sin detenerse en parte alguna. Francisco no dijo ni una sola palabra. Cuando regresaron a casa, el hermano preguntó con cierta timidez: “Padre, ¿te has olvidado?” “¿De qué?”, respondió Francisco. “Dijiste que íbamos a predicar”, contestó el fraile. Y san Francisco añadió: “Ya hemos predicado”. En efecto, la actitud humilde, modesta, rebotante amor de Francisco era una predicación elocuente aun sin pronunciar una palabra. Sin necesidad de hablar, prendía en los demás el deseo de ser como el, verdaderos discípulos de Cristo.

San Francisco de Sales decía: “Un gramo de buen ejemplo vale más que un quintal de palabras”. Y san Juan Bosco: “Recuerda que todo cristiano tiene la obligación de ayudar a los demás, y que no hay predicación más eficaz que la de un buen ejemplo. Jesús ‘pasó haciendo el bien’ (cfr. He 10,38)”.

También los Papas han insistido frecuentemente sobre esta realidad. Basten como muestra las palabras de san Pablo VI el 14 de diciembre de 1966, cuando estimulaba a los fieles a un vivo testimonio de Cristo con la fe y el amor: “La fe del cristiano no sólo debe crecer sino manifestarse; debe procurar ser ejemplar, comunicativa, documentada con lo que hoy llamamos justamente testimonio”. Y en seguida aclaraba que “la vida verdaderamente cristiana es el primer y principal testimonio que el cristiano, renovado por el Concilio, debe aportar con mayor conciencia y más decidida voluntad”.

Más adelante afirmaba: “Un cristiano debe hacer ver que es tal, aun antes de ser escuchado, por su tenor de vida. Este apostolado tranquilo y connaturalizado, el apostolado del ejemplo, es accesible a todos, lo deben dar todos, y hoy resulta más necesario que nunca. Es preciso predicar en silencio con la sencillez y con la esplendidez de la propia actitud”.

Recordando seguidamente que para salvarse no basta la fe sin las buenas obras, citaba las palabras de Jesús: “El que obra la verdad se acerca a la luz” (Jn 3,21). Y concluía afirmando cuanto con esto se nos dice: “Debemos dar hoy mayor conciencia y energía a la rectitud moral de nuestra vida, imprimiéndole un tono, un sello cristiano correspondiente a nuestra fe; tal es el testimonio que la Iglesia espera de nosotros, esta es la apología de Cristo, quizás la más convincente, que el mundo pueda hoy escuchar” (cfr. *Audiencia general*, 14 diciembre 1966).

Y en 1974 afirmaba aún Pablo VI: “El hombre contemporáneo escucha mejor a los testigos que a los maestros, o si escucha a éstos lo hace porque dan testimonio” (*Discurso a los Miembros del “Consilium de Laicis”* (2.10.1974)).

Lo que debe caracterizar la vida del cristiano es su relación y unión con Cristo, que llevan consiguientemente a la imitación. La transformación en Cristo –fruto de la acción de la gracia– no sólo respeta la propia personalidad, sino que le confiere esplendor, haciendo transparentar el amor que es Dios mismo. ¡Sabemos cuánto insistió sobre esto el Fundador de la Familia Paulina!

La imitación de Cristo se traduce, para el cristiano, en el ejercicio de las virtudes humanas y sobrenaturales en la vida ordinaria. El papa Francisco afirma que “todos estamos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida” (*Evangelii gaudium*, n. 121).

El pensamiento del beato Santiago Alberione

El P. Santiago Alberione hablaba con frecuencia del apostolado del buen ejemplo; incluso varias de sus oraciones transmiten esta preocupación. De ello trata ya en la segunda parte (pp. 82-83) del volumen *La Mujer asociada al celo sacerdotal*.

Y en el libro *María Reina de los Apóstoles* (pág. 9), aplica a la santísima Virgen, la Reina de todo apostolado, la eminencia de todos los apostolados, entre ellos, en tercer lugar, el del buen ejemplo. Escribe el Fundador: “Tercer apostolado: el ejemplo. Las virtudes, así como los milagros, hacen creíble cada uno de los dogmas; vuelven amable la vida cristiana; irradian la gracia del corazón”. Y luego dedica todo el capítulo VII a explicar en qué consiste, cuáles son los frutos, cómo María es apóstol con el ejemplo, afirmando como conclusión que es un apostolado de todos (cfr. *Ibidem*, pp. 63-68).

Donde quizás podemos encontrar una enseñanza más “sistemática” del P. Alberione sobre el apostolado del buen ejemplo, es en un curso de ejercicios predicado a las Hijas de San Pablo en junio de 1947. Veamos algún destello.

Comienza el Fundador con esta afirmación: “Nuestra Madre, Maestra y Reina nos precede siempre en el apostolado, y... podemos colaborar y participar en el suyo, recibiendo de ella y actuando con ella: de ella, es decir siguiendo su ejemplo; con ella, o sea con su espíritu; por ella, es decir con su gracia y asistencia; en ella, o sea con sus intenciones. Bastaría esto para hacer un entero programa de vida para una Hija de San Pablo” (*A las Hijas de San Pablo*, Ejercicios espirituales, junio 1947, p. 404).

Tras haber explicado el sentido del apostolado del buen ejemplo, afirma: “Quien vive bien da ejemplo a los demás y hace apostolado. Pero este apostolado no puede ser objeto de un propósito; hay que hacer el bien y luego el ejemplo viene de por sí. De hecho, intentar ponerse de ejemplo a los otros podría ser una vanidad” (*Ibidem*). Se trata –dice– de un apostolado ejercido por todos, “pues nuestras acciones causan siempre impresión en los demás, para bien o para mal; cabe llevar una vida que sea de escándalo y una, en cambio, que sea edificante; una que lleva a la demolición espiritual y otra que ayude a servir mejor al Señor. Todos causamos impresión” (*Ibidem*). A continuación cita el Evangelio: “Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16). “El ejemplo es una predicación silenciosa que arranca de la vida y la va reformando”, decía también el P. Alberione al Congreso internacional de los religiosos el 6 de diciembre de 1950.

Él dice que “no sólo debemos recibir el ejemplo, sino también darlo, aunque seamos los más pequeños o los más jóvenes de la casa”; también en el escondimiento se da buen ejemplo. Recuerda las palabras de Jesús: “Haced como he hecho yo”, y declara: “Este es el gran ejemplo: leyendo su vida, meditando el Evangelio, considerando sus virtudes, hallamos en Él el gran medio para proceder hasta la imitación del Padre. Así como Jesús agradó al Padre, quien obra como Jesús agrada al Padre”. Recuerda la complacencia del Padre respecto a Jesús y a María, y afirma que “san Pablo va más allá al decir: ‘Imitadme como yo imito a Jesucristo’... haciéndose así más asequible a nosotros con el ejemplo de su vida; quien imita a san Pablo imita a Cristo y agrada al Padre... sea que imitéis a san Pablo, sea que imitéis a Cristo, es la misma cosa: se agrada siempre al Padre” (*A las Hijas de San Pablo*, 1947, p. 205).

Y yendo a lo concreto, como solía, el Fundador asegura: “Si una está enferma y ya no puede hacer nada, dé buen ejemplo con la paciencia, la piedad y la conformidad al querer del Señor”. Y concluye: “A veces las palabras provocan una reacción, mientras el ejemplo se insinúa y penetra como el aceite” (cfr. *Ibidem*).

A continuación hace aún algunas aplicaciones invitando, primero, a “captar” el buen ejemplo. A este propósito, recuerda las palabras de san Bernardo: “De uno aprende el espíritu de oración de otro la humildad, de este la obediencia, de aquel el espíritu de apostolado...”. Y arguye: “En verdad, también vosotras tenéis muchos buenos ejemplos de vuestras cohermanas: ¡aprovechadlos! Para hablar sólo de las Hijas de San Pablo pasadas a la eternidad, de muchas podría ya escribirse la biografía, porque cruzaron la tierra perfumándola con el aroma de la violeta, de la rosa, de la azucena!... De un buen hombre se decía: Después de su muerte no cabe hacer mejor elogio que decir de él que nos ha dejado profusión de buenos ejemplos” (cfr. *Ibidem* p. 406).

En fin, el P. Alberione incita también a “dar” buen ejemplo. “¿De qué modo?” –se pregunta–, y responde: “Es preciso darlo como lo dio Jesús, especialmente en dos virtudes: la humildad y la mansedumbre” (*Ibidem* p. 406).

En la fiesta de santa Tecla, el año 1948, escribía a la Maestra Tecla Merlo: “El ejemplo de fe y de vida santa convierte a los pecadores, infunde fervor en los tibios, santifica a los buenos, porque es potente ante Dios y ante los hombres. La vida santa... es predicación que parte de la vida y va a la vida”.

Conclusiones

Es increíble la influencia que puede ejercer el ejemplo, sea bueno o malo. Más todavía el malo, particularmente cuando viene de personas responsables en la comunidad cristiana: padres, maestros, dirigentes, sacerdotes... “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen” (Mt 23,2-3). Causa tristeza el caso de personas con el cometido de enseñar y guiar en el bien... mientras en cambio son sembradores de cizaña con sus palabras, con su enseñanza, con las redes sociales... y por encima de todo con su propio comportamiento.

Los cristianos han de ser luz del mundo y sal de la tierra, y no tanto con la palabra cuanto con la actitud de la propia vida y el influjo de los buenos ejemplos. El cristiano está llamado a manifestar con su vida la vida del mismo Cristo, a quien está unido. La acción de Cristo y del Espíritu Santo lleva a la imitación de Cristo, en quien el cristiano tiene su modelo. No todos pueden tener el don del talento, de la ciencia, de la elocuencia; pero todos tienen el deber de una vida ejemplar.

Cabe recordar un hecho importante: las palabras y los ejemplos que surgen de un corazón unido a Dios por la oración darán un buen fruto muy grande, y el ejemplo es más importante que las palabras. B. Martín Sánchez, en el libro *El buen ejemplo. El mejor predicador*, refiere una anécdota contada por mons. Tihámer Tóth, muy significativa al respecto:

Un sacerdote joven y fervoroso fue encargado de dirigir un pueblecito de Tierra Santa; con entusiasmo preparó su primer sermón, llenándolo de pensamientos elevados y bonitas citas. Le parecía haber pronunciado un magnífico discurso. Después de la Misa se le acercó un árabe distinguido y le pidió ser admitido en la Iglesia. El sacerdote joven explotaba de gozo, y le faltó tiempo para preguntar al hombre: ‘¿Podría hacerme el favor de decirme qué parte de la celebración o del sermón le gusto tanto como para inspirarle esta decisión?’. El árabe visiblemente confuso respondió: ‘Bueno... verdaderamente... no es que yo haya escuchado mucho su sermón; he viajado toda la noche y por ello dormí en gran parte de la celebración. No es la predicación lo que me atrae a la Iglesia, sino mi chófer, que es cristiano. Al principio yo me reía de él por su religión, pero ahora quiero ser como él’.

El cristiano que vive la vida de Dios, o sea la vida de gracia que le ha sido comunicada, atestigua, por imitación de Cristo, la imagen del Padre. Jesucristo es el camino que cada cristiano debe recorrer para llegar al Padre y sentirse de veras hijo de Dios. La encarnación del Verbo hace posible este camino de filiación. Seguir a Cristo e identificarse con él lleva a la divinización de la propia vida, que se convierte en testimonio ante los demás.

Es claro que debe distinguirse entre el buen ejemplo y la ostentación, típica de los fariseos, censurada repetidas veces con fuerza por Jesús: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos ...” (cfr. Mt 6,1-18). La referencia de nuestras buenas acciones no puede, pues, cerrarnos en nosotros mismos, sino, reflexionando sobre ellas (cfr. 1Pe 2,12), tender siempre a Dios. Por eso dice Jesús, como ya hemos recordado: “Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos”.

El apostolado del ejemplo asume la forma de un “empuje”, de una “sugerencia”. El cristiano presenta a los demás su vida como un apremio que le acompaña en el seguimiento de Cristo. Es, por tanto, algo completamente lejano de cualquier imposición. La única “constricción” que Jesús ejercitó en su paso por la tierra fue la del amor. Es el amor de Dios al hombre lo que en fin de cuentas atrae el hombre a Dios.

La raíz del buen ejemplo coincide con la coherencia de la vida. El cristiano debe hablar de lo que practica y poner en práctica lo que dice; y tanto lo que practica cuanto lo que dice han de responder a su identificación con Cristo. Tal es la verdadera conducta ejemplar: la transparencia y la autenticidad de la vida cristiana. Esta coherencia de vida no implica la ausencia de fallos o culpas, pues supone una lucha constante para corregir la ruta.

Semejante testimonio, coherente en cada momento y en todas las situaciones, es lo que el mundo necesita para mantener viva su esperanza en la posibilidad de una existencia más conforme a lo esencial de la humanidad.

P. José Antonio Pérez, ssp